

desde 1783, no hubo gobierno que llegado el caso no le pidiera sus consejos. En efecto, en los negocios de su propio país, Bentham había conservado su gusto por los detalles, y tenía los ojos abiertos sobre todo lo que le rodeaba. Protestó en esta ocasión, —1795,— contra todo proyecto de taxas judiciales, y á la vez proponía que se hicieran economías en las contribuciones ensanchando el derecho de reversión. Mediante una protesta suya impidió, —1797,— que se adoptasen las leyes sobre los

pobres tal cual las había presentado Pitt. En 1800 quiso crear por medio de pequeños billetes del tesoro, medios de circulación produciendo interés, y pensó en transformar la deuda pública en anualidades que circularon entre el público. Todas esas medidas prueban que se había resignado á adoptar la marcha lenta de la reforma en detall que más tarde calificó con desprecio de paso de tortuga. Hasta en el gran proyecto que publicó en 1791 en su *Panopticon*, —*Casa de inspección*,— mediante el cual quiso



ROBERTO PEEL

constituirse en reyezuelo de todos los pobres y de todos los presos de Inglaterra, esforzándose en cortar el nudo confuso de las leyes penales y de las leyes sobre los pobres tales cuales existían en Inglaterra, ya que no podía deshacerlo de una manera práctica y racional. Sacrificó una parte de su fortuna en hacer triunfar sus proyectos, cuya ejecución habían garantizado actas del Parlamento de 1794 y 1799; el corazón de Bentham habíase consagrado á esos planes á los cuales hubiera querido consagrar su vida, pero Jorge III, que estaba resentido con él, por haberse hecho, en su crítica del procedimiento francés, el adversario de la ficción, conforme la cual el rey es la fuente de la justicia, Jorge III por todo esto se negó obstinadamente á sancionar tales leyes.»

Es en estos momentos cuando Bentham se desilusiona y principia á agriarse su carácter. Nótese el cambio en la tremenda filípica que escribió contra

el gobierno inglés á causa de los actos arbitrarios é inconstitucionales del gobierno de las colonias penitenciarias de la Nueva Gales del Sud, —1803.

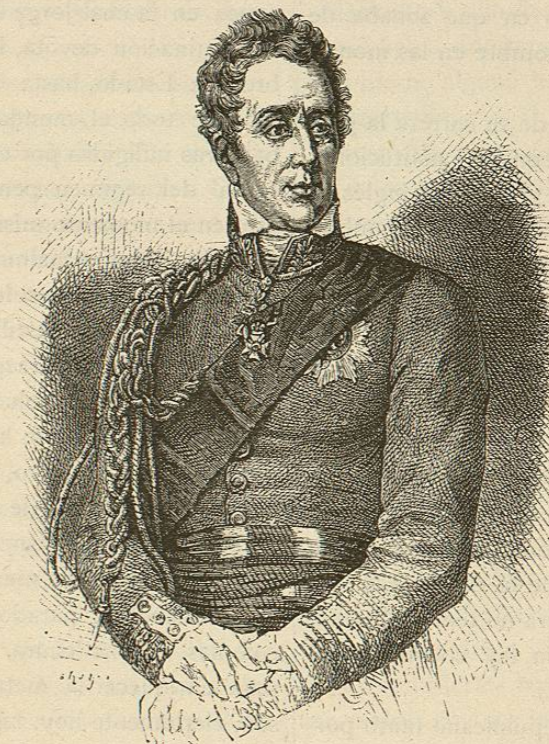
La caída de Pitt, á cuyo gobierno sucedió el pacato y menguado gobierno de Addington, todo junto con la gran actividad reformadora desplegada por el cónsul Bonaparte, le llevó de nuevo á Francia. Lleno de confianza en el primer cónsul, votó convencido su consulado vitalicio, de lo que luégo no se arrepintió porque confesó honradamente que no podía comprender cómo pudo hacerlo. Dumont, el antiguo colaborador de Mirabeau, procuró ponerlo en contacto con Talleyrand y entonces Bentham, —1801-1802,— publicó sus *Fragmentos escogidos* que él mismo puso en francés, obra que llenó de espanto á Gentz.

Pero no tardó Bentham en comprender que Bonaparte no era su hombre, que sus ideas democráti-

cas puras se aliaban mal con las ideas y las tendencias despóticas del primer cónsul. Bentham se consideró nuevamente traicionado, y como por este tiempo en Inglaterra las cosas fueron empeorando, pues tras la segunda administración de Pitt, —1805-1807,— sucedieron la de Portland en 1807, y la del ultra-conservador Perceval en 1809, Bentham volvió resueltamente las espaldas á ese mundo engañoso, presentándose francamente como el más

decidido adversario de los hombres políticos y del sistema político de su patria.

El haber puesto Bentham sus ideas en francés había llevado su nombre y su gloria de un extremo á otro de Europa. En Rusia, Speranski unido por íntima amistad con el hermano de Bentham, el general, hizo de los trabajos del filósofo político, base de sus códigos, y los escritos de Bentham fueron traducidos por dos distintas veces al ruso por orden



WELLINGTON

expresa del mismo emperador, —1805. A contar de esta época puede decirse que Bentham hace la competencia á Napoleon en esto de reformar el mundo á su antojo. Bentham que principiaba ya á envejecer y casi á chochar, se ofrecía á todo el mundo. En 1809 ofreció al Parlamento inglés un nuevo Código penal; en 1811 propone al presidente de los Estados-Unidos un *pannomion* para la república. En 1814 escribía al gobernador de Pensylvania para que rechazase el derecho común uniforme, y al emperador de Rusia para que sacudiera el yugo del derecho romano, ofreciéndose á uno y otro para redactar el código de sus leyes civiles. En 1817, Bentham repitió la instancia que había hecho al gobernador de Pensylvania, dirigiéndola ahora á todos los Estados de la Unión Americana, y Plumer el joven y Livingston introdujeron

varios de sus principios en las reformas judiciales del New-Hampshire y en la Lusiana. En 1822 dirigió sus proposiciones de codificación «á todos los Estados libres.» Dumont los llevó á la legislación del Cantón de Ginebra, —1821,— y como si se tratara de dar sucesores, por este tiempo íntima con dos franceses que habían de ejercer gran influencia en la marcha económica y social del siglo XIX; con Say que se reconoce y se llama su discípulo y con Carlos Comte, el fundador de la escuela positivista. Cual era su situación respecto de España y América, ya lo hemos dicho. Si algo faltaba á su popularidad inmensa, era ver al gobierno de Trípoli y pedirle por conducto de su embajador en Londres, —1822,— un proyecto de Constitución (?) para impedir en Trípoli el establecimiento de un mal gobierno, y á Grecia que acababa de reconquistar su independencia re-

apareciendo en la escena de los pueblos políticos,— 1823-1824.—abrir relaciones para dotarla de una ley constitucional que Korais había de traducir, y de un Código civil para lo cual se puso en contacto con Negris.

¿Cómo iba á acabar ese filósofo político que ahora legislaba para el autócrata de Rusia, como para el dey de Trípoli, ó por la republicana América? Como era de esperar en hombre de tan profundas y arraigadas ideas democráticas. Bentham acabó por hacerse republicano en un tiempo en que sonaba de una manera desastrosa este nombre en las monarquías europeas.

Llévale á este coronamiento de su carrera la guerra que de nuevo comenzó con las instituciones inglesas, así decía de ellas: «que el gobierno inglés no tenía por fin realizar la dicha de la muchedumbre, sino servir los intereses del corto número de aquellos que pertenecían á la funesta coalición formada por el monarca, por los legistas y los curas, esos devoradores de diezmos y de gastos de justicia; asociación en la cual la fuerza, las trapisondas han puesto en común sus capitales, á fin de explotar, en beneficio de un interés privado, la situación pública y los recursos del país.» «Bentham venía, pues, ahora, á dar razón á Paine á quien tanto había combatido, y como el filósofo de la *Edad de la Razón*, podía decir «que Inglaterra no tenía Constitución, por lo mismo que no tenía ley constitucional alguna.»

Bentham se había hecho republicano tanto porque á esta conclusión le llevaban los trabajos todos de su vida y sus ideas, como por el ejemplo del Norte América que vindicaba á la democracia del mal nombre y fama de que gozaba en Europa á consecuencia de lo que había pasado en Francia. Era, pues, inútil ahora atacar á la democracia con lo que había hecho en su nombre la Revolución francesa, porque la Constitución consistía en presentar la lucha en Norte América, cuyo pueblo había ya conseguido por este tiempo un vuelo extraordinario. Convencido, pues, de la excelencia del gobierno democrático, Bentham no vaciló en decir á los ingleses y esto tratándose de un rey llamado por Bentham «el mejor rey que hubiese tenido jamás Inglaterra,» que puesto que estaba convencido de «que la democracia valía más que una monarquía gobernada y dominada por la aristocracia, no tenía por que no confesar que no sentía necesidad alguna de un funcionario público tal como el rey.»

Bentham había, pues, acabado por ser en Ingle-

terra tan poco simpático cuanto lo era en el resto del mundo al partido liberal, porque Inglaterra no había oído un lenguaje tan franco, si bien demasiado áspero, en boca de ninguno de sus hijos, porque Bentham «azotaba y desdenaba las mezquindades del sistema de partido, en una época en la cual se consideraba como un dogma político inmutable la necesidad de encadenar sus propias convicciones bajo el yugo del santo y seña que daban los partidos. Burlábase de la mojigatería inglesa, en una época en la cual Jorge III, hacía inclinar, conforme su obstinación devota, los principios de sus hombres de Estado, hasta de los más fuertes. Bajo los ojos de todo el mundo, ponía al pilori las penas bárbaras infligidas por el Código penal y el carácter brutal del régimen penitenciario en Inglaterra, y esto en el momento mismo en que un lord Eldon, defendía palmo á palmo las leyes penales más abominables, y en que un lord Sidmouth, construía todavía una nueva «Bastilla,» para los detenidos. En el país de los mayorazgos y de los fideicomisos, atacaba con una resolución sin piedad toda especie de encadenamiento de la propiedad, cualquiera que pudiera ser el motivo, y en la época del florecimiento de las tarifas de aduanas, gritaba al gobierno inglés, con mayor aspereza aún que A. Smith, lo que Diógenes: «á lo menos no me quites el Sol.» Y enseñaba «la paradoja» que, la adquisición de colonias es una locura, cuando sólo se usa de ella para enriquecer la metrópoli. Todas esas máximas son, ciertamente hoy, lugares comunes, y principios proclamados y sostenidos por una política ilustrada en Inglaterra; pero en la época en que fueron producidos, la mayor parte de los ingleses los ponían incontestablemente bajo la misma línea que el proyecto de paz perpétuo concebido por Bentham, del que se burlaban tanto como de sus máximas y sueños de un entusiasta animado de buenas intenciones.»

Lo mismo sucedió para Bentham en el orden político, sus ideas sobre la reforma electoral parecieron utópicas en un principio y continuaron siéndolo ó pareciéndolo durante muchos años, pero antes de morir pudo Bentham ver á las Cámaras adoptar el bill de reformas que le daba satisfacción.

Conociendo, pues, la acción de Bentham, no podremos equivocarnos en el estudio del progreso cumplido en Inglaterra. Bentham lo inició y fecundó con sus escritos.

Para Inglaterra los días de la Restauración se presentan tan tristes como para el resto de Europa. Tiene las riendas del poder lord Liverpool, un con-

servador de raza intratable é intransigente y el triunfo de Waterlloo parecía haber solidado su política y situación ministerial tanto ó más de lo que se podía creer en el continente respecto del Gran canciller austriaco. Si alguien podía disputarle en el mundo político su posición, era su ministro de Estado, Castlereagh, antes ministro de la Guerra, quien entró en Londres con la cabeza más alta que el mismo Wellington al regresar de París, en donde combatió como un desesperado por la anulación de Napoleón á quien no quería que se le dejara su título de Rey y su isla de Elba.

Había, empero, quienes en medio de su gran triunfo se atrevían como Brougham á sostener que el triunfo de los ministros ingleses había sido obra de la casualidad, un golpe de fortuna, negando á Castlereagh toda clase de condiciones, pues á lord Liverpool todo el mundo estaba conforme en considerarle como una medianía inofensiva colocada en el primer puesto para impedir rivalidades funestas en el seno del partido tory. Era un hombre de bien pero apático, tal vez porque no comprendía sus funciones como Pitt, quien sostenía que el primer ministro tenía el deber de dirigir todos los negocios y en caso necesario el deber de resolverlos por su cuenta. Liverpool como lord North creían que como esto no estaba previsto en la Constitución inglesa, no les era permitido.

Fortalecía la posición de los tories la ruina del partido whig que ya dejamos historiada. La lucha entre Fox y Pitt fué decisiva y fatal para la política inglesa, pues acabó con los grandes hombres de uno y otro partido que se vieron reemplazados por las medianías. Fox al tomar el poder á la muerte de Pitt parecía que iba á poner fin al reinado de las medianías, pero el partido whig estaba muy debilitado: Bentham y Cobbet habían pasado al partido demócrata al ver que se acosaba á Francia sólo por su significación política y estas pérdidas eran irreparables, pero indudablemente más irreparable fué para el partido whig la de Fox que no tardó en seguir al sepulcro á Pitt. Lord Greenville que le reemplazaba tenía por Francia una verdadera enemiga y no cedía á los tories más enérgicos en su empeño en acabar con Napoleón. Su punto de vista político, la necesidad de acallar toda cuestión política que pudiera dividir á los ingleses hasta acabar con Napoleón, le llevó á una íntima alianza con los whigs á la que no faltó, levantando el crédito de este partido, pero ¿qué había de poder Greenville contra la mala voluntad del rey y de los círculos de la Corte? Honrado y digno no pensó un momento en solidar su

posición cerrando los ojos como lo habían hecho Pitt y Sidmouth para no ver lo que hacían sus amigos. No dejó que nadie se redondease á su lado, ni pensó en comprar á nadie, así le era imposible satisfacer las ambiciosas pretensiones de los Canning y de los Wellesley, ni las inmorales de los contertulios del príncipe de Galles, los Moria y los Sheridan, y esto cuando el futuro Jorge IV pasaba aún por ser el protector de los whigs, protección que les causó un daño inmenso en la opinión.

Mackintosh dijo de la administración de Greenville que había sido la mejor de Jorge III, y sin embargo gobierno alguno ha sido más calumniado que el de Greenville.

Greenville, como se recordará, cayó por su fidelidad á los principios del partido whig, por la cuestión religiosa en la que tan pacato y escrupuloso se mostraba siempre Jorge III. Portland, un whig renegado, le sucedió; y por aquello que no hay peor cuña que la de la misma madera, Portland fué el que desencadenó las lenguas viperinas y mercenarias de la prensa contra la administración liberal, consintiendo ú ordenando que se dijera de ella horrores, de este modo se creía poder impedir la vuelta al gobierno del partido whig, contra cuyo partido llegó á amotinar al pueblo presentándole como vendido al Papa y á los católicos, y esto que Canning en tiempo de Portland y Ricardo Wellesley, en quienes veía Pitt sus discípulos y sucesores, formaron parte de dichos ministerios cuya política y acción no pudieron realzar con sus talentos, pero Canning y Wellesley fueron los más ardientes partidarios de la unión de Inglaterra con España y el espíritu militar ya es sabido que se alía mal con el espíritu liberal.

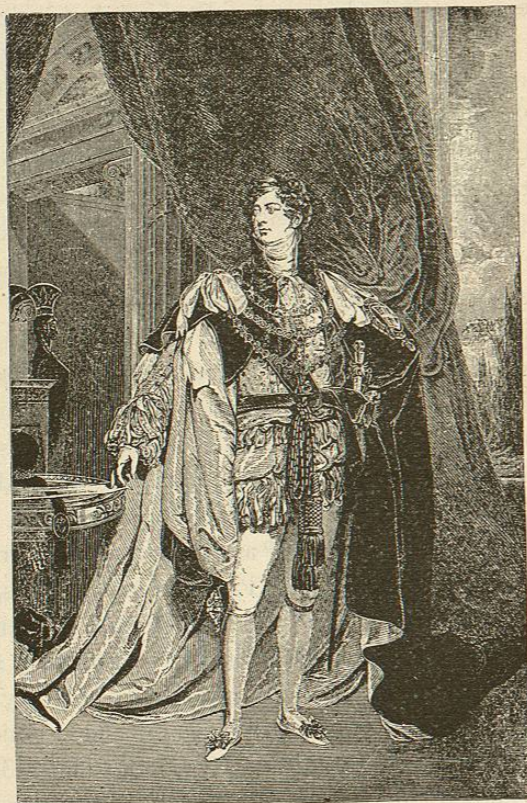
Canning y Wellesley, que tenían bien aprendido la manera como su maestro Pitt había jugado con Addington, creyeron que podían hacer lo mismo con los Portland, los Perceval, los Castlereagh y los Liverpool y esta creencia fué para ellos funesta.

Canning en 1809 quiso aprovecharse del desastre de Walcheren para hacer caer á Castlereagh, entonces ministro de la Guerra, y á la vez que parecía preparar la entrada en el gobierno de Wellesley, por bajo mano y por medios poco dignos trabajaba para privarle de la tesorería á fin de imponerse como jefe de la administración. Más ó menos descubierto su juego tuvo que sufrir las más acres censuras, y el que pretendía ser primer ministro tuvo que renunciar á formar parte del gobierno Perceval en el que entró Wellesley.

Wellesley y Canning no tardaron, sin embargo, en reconciliarse, porque aunque parezca increíble le

faltó tiempo al hermano de Wellington para emprender contra Perceval la política que Canning había seguido contra Portland. Descubriéronse ahora los trabajos de zapa de entrambos amigos y Wellesley tuvo que abandonar su puesto, —últimos de 1811, —en medio de la reprobación general, y como á poco murió asesinado Perceval, la convicción de que la administración tory era incapaz de continuar gobernando, hubiese acabado con ella, sino se hubiese

llevado al gobierno dos hombres populares, lord Wertmoreland y lord Eldon, pero estos vieron muy pronto que con la mayoría de sus colegas no se podía ir á ninguna parte, y participando de esta opinión la Cámara de los comunes, ésta pidió al regente que organizase una fuerte administración. Al ex-príncipe de Gales le faltó tiempo para llamar á Wellesley, quien quería presentarse al frente de los hombres más respetables de los dos partidos, pero



JORGE IV, rey de Inglaterra.—Cuadro de Lawrence

estos rechazaron con dignidad la compañía suya, y lord Liverpool formó ministerio.

Apenas nació el gobierno de Liverpool todo fué pronosticar su próxima desaparición, pero sabido es lo que sucede con esos gobiernos sin significación: desde el primer día viven á expensas de las divisiones de los que han de derribarlos y como éstos creen tener su muerte entre sus manos, les dejan vivir como de prestado sin mirar que el tiempo les va dando robustez y lo que les faltaba para asegurar su vida. Luégo á esos gobiernos de medianías la fortuna, siempre loca, encuentra gusto en complacerles.

Ejemplo al canto: Apenas se constituye el gobierno de Liverpool, la fortuna que había protegido á Napoleon contra los gigantes, contra Pitt, contra

Stein, contra Stadin, le abandona y se pone del lado de los pigmeos. Nótese bien, antes de que los nuevos ministros pudieran hacer cosa alguna contra Napoleon ya éste en las llanuras de Rusia aprende á conocer el terrible destino que le espera.

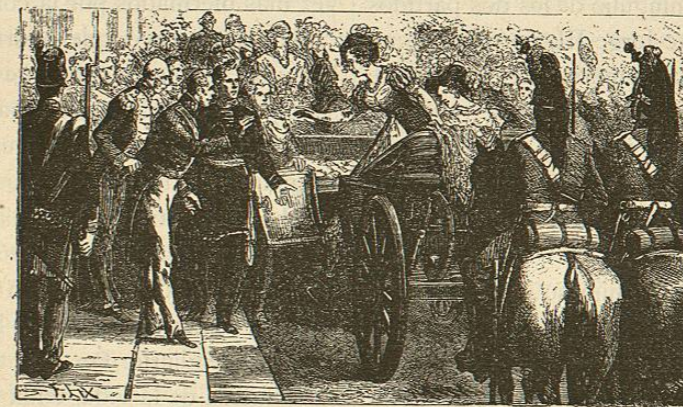
Sin embargo, el nuevo gobierno tenía algunas cualidades que merecían el favor que le dispensó la fortuna. Eran hombres de buena fe y honrados, hombres que llevaron á la administración la rectitud que Pitt había arrancado de ella y esto solo les valió gran crédito. Eran además hombres consagrados por entero á la grandeza de su país y á su política, hombres de gran sangre fría y no poca moderación; de modo que ese conjunto de buenas cualidades podía suplir hasta cierto punto la falta de levantados ideales y de previsión de lo futuro, sin lo cual no hay

gobierno que pueda llamarse tal, ni hacer progresar un pueblo, ni favorecer el desarrollo humano.

Cuando un gobierno de estas condiciones obtiene triunfos tan grandes como la caída de Napoleon, Waterlío y Santa Elena, no hay medio de convencerle de su importancia secundaria. Hablan ya que no obran como los grandes hombres, y se hacen los comparsas de una política que no es ni puede ser la suya. Verdad que durante el reinado de Jorge III, la regia prerrogativa llegó á imponerse á sus gabinetes y al país. Jorge III se defendió contra los whigs siempre atentos á las novedades del continente como los gatos, consiguiendo restaurar la acción directa del monarca contra la que habían he-

cho los ingleses la revolución del siglo XVII. Pero todo pudo pasar en una época en que tan grandes mudanzas se vieron y en la que Inglaterra adquirió la importancia de primera potencia europea y de protectora de Europa contra Napoleon.

Liverpool y Castlereagh encontraron creada esta corriente y la siguieron, de modo que ellos, ministros directores de un pueblo y de unas instituciones que reclamaban los pueblos del continente, eran los más opuestos á esas reclamaciones que hubieran debido apoyar, por pudor, en todas partes con energía. Fortuna fué que los Castlereagh y los Wellington que no podían sufrir que se hablase de libertad y de constitución en Europa, no se atrevieran con las



Regreso de la reina Carolina á Londres

instituciones seculares de su patria, pero no hay duda que contra ellas se iba cuando se hacía campaña para «derribar de su trono á Madison.» Los tories creían de buena fe que Wellington podía reemplazar como militar á Napoleon. Para gloria de Wellington quiso su buena suerte que no tuviera que desenvainar de nuevo la espada de Waterlío.

¿Iban ahora los whigs á contrarrestar las funestas tendencias del gobierno tory?

Notoria la escandalosa traición de que les había hecho víctimas el príncipe de Gales al subir á la regencia: publicó que el futuro rey, y rey de hecho de Inglaterra, no podía sufrir la honradez y lealtad de Greenville; el partido whig estaba poco menos que disuelto. Greenville se había retirado á la vida privada como hoy decimos. Sheridan no daba señales de vida. Erskine escribía novelas políticas. Grantan se había dado por entero á los irlandeses. Lord Grey, antes conde Howick, el sucesor de Fox durante cierto tiempo, pertenecía á la Cámara de los lores. En la de los Comunes estaban Enrique Petty, lord Lansdowne, Ponsonby y Tierney, pero ninguno de

estos se sentía con ambición bastante para desempeñar los primeros papeles políticos. Quien más bullía, quien más se agitaba era el joven Brougham, en quien el talento y la ambición corrían parejas, pero Brougham no podía nada aún contra la apatía y la desconfianza de sus jefes.

Al lado de Bentham estaban los grandes hombres del partido whig de estos días, los sabios, los que se consagraban como su jefe al estudio de los problemas sociales; pero estos hombres, orgullo y gloria de los partidos, son muchas veces para ellos una impedimenta ruinosa, ejemplo la España de nuestros días, en donde los salmeronianos no han podido crear ni sostener un partido republicano gubernamental, cuando poseen las cualidades y condiciones fundamentales para constituirlo, excepto la principal, la ambición política sostenida, sin la cual no hay ni jefaturas ni partidos políticos. Tal era la situación de los whigs cuando la reacción europea amenazaba atravesar el Canal de la Mancha y llegar hasta Londres. Por si su desgracia fuera poca, la muerte se encargó de reducirles á la impotencia,